

PROLOGO

Plinio el Viejo, que a mediados del siglo I d. C. escribe los 37 libros que componen su *Historia Natural*, es considerado como autor auténticamente enciclopédico, muy leído en su época y bien conocido por nuestros eruditos del Renacimiento. Si valiosa es su contribución científica, no menor predicamento tienen sus comentarios de carácter político-administrativo, con la gran fortuna, para el tema de este libro, de una correcta descripción geográfica y administrativa de la Beturia, integrada por dos componentes étnicos: *célticos* y *túrdulos*, pueblos distintos entre sí por sus orígenes y su cultura.

Con gran economía de palabras traza un valioso perfil de estos *célticos* de la Beturia, situados en el ámbito más próximo al Guadiana: proceden de los celtíberos, han llegado a esta región desde Lusitania y se distinguen por sus costumbres religiosas, por su lengua y por la toponimia de sus ciudades.

Si retrocedemos en el tiempo y nuestra lectura se centra en la *Ora Marítima* de Rufo Festo Avieno, la más antigua referencia textual sobre el territorio, basada en un supuesto periplo massaliota escrito hacia el siglo VI antes de nuestra era, encontraremos que el lugar ocupado en la Hispania romana por los célticos (los *keltikoi* nombrados por el geógrafo Estrabón unos pocos años antes de Plinio) había estado habitado en aquel entonces por los *cempsos*, confinados por sus vecinos a esta región tras una derrota bélica.

Aunque las fuentes escritas no hacen ninguna alusión a la filiación céltica de estos *cempsos*, la autoridad científica del investigador alemán A. Schulten y otros muchos investigadores atribuyen este carácter a los antiguos moradores de la Beturia. Sin duda esta atribución se enmarca en toda una corriente ideológica que durante años ha primado en los estudios históricos sobre la Hispania prerromana, hasta el punto de poder afirmar que la historiografía sobre los celtas en la Península Ibérica puede compendiarse en dos palabras: «celtofilia» y «celtofo-bia».

La *celtofilia* se inaugura a partir de 1890, cuando H. d'Arbois de Jubainville, un clásico en el estudio sobre los celtas, se preocupa de su presencia en España. La teoría de los ligures, según el texto de Hesíodo, va cobrando cuerpo a la par que se entresacan cuantas referencias de los tratadistas grecolatinos apoyan la presencia de los celtas en la Península, posibles tribus y nombres célticos, argumentando y reforzando planteamientos con el avance de la investigación filológica, la toponimia y la onomástica.

El contexto histórico en el que se enmarca la bibliografía más temprana explica precisamente el apasionamiento por el tema, y pasado el fervor, se justifica asimismo la reacción contraria: la marginación y la crítica.

En términos generales, la cuestión de la lengua indoeuropea, su identificación con los celtas como componente étnico y las referencias de los escritores antiguos formaban un buen cultivo para desarrollar las teorías en una Europa ideológicamente dominada por la preponderancia intelectual del Círculo de Viena.

El particularismo histórico latente en la explicación difusionista y la progresiva ecuación raza aria=celtas=lengua indoeuropea, pese a todas las negaciones y críticas sobre la identificación de la raza, la lengua y la cultura, subyace en todos los investigadores que desde antes de la primera guerra mundial orientan sus estudios hacia la búsqueda de las raíces nacionales.

Estas corrientes, por la relación con los célticos del Guadiana, se puede ejemplificar con una sola cita: *Os Povos Primitivos da Lusitania*, de A. Mendes Correia, editada en 1922. Hasta tal punto caló la fuerza del historicismo alemán que durante años presupuestos y controversias han girado en torno a los planteamientos de uno de nuestros más señeros historiadores y más reconocido germanófilo y nacionalista, don Pedro Bosch Gimpera, cuya prolífica obra ha cubierto una buena parte de este siglo. La idea del celtismo está en la base de todas sus teorías sobre migraciones e invasiones, reconociendo como primeros celtas de lengua indoeuropea a las gentes de los Urnenfelders, los germánicos que desde el bajo Rhin chocan en su expansión con los grupos célticos que emigran hacia Occidente; desde comienzos del primer milenio a. de C. en sucesivas oleadas penetrarán por los Pirineos, invadiendo la Península Ibérica.

Con esta gran expansión de los celtas y de la marcha de la cultura de los Campos de Urnas se vinculan precisamente los mencionados cempsos, relaciones con los conios de Portugal y con las piedras grabadas con carros de las sepulturas de guerreros.

Estas teorías no llegaron a identificar directamente a los célticos de la Beturia con los biturigues del Rhin, aunque, según Bosch Gimpera, formaban parte del conglomerado que, junto a turones y otras tribus, fue desplazado por la presión germánica; como resultado los llamados celtas belgas emigraron desde el Mosela hasta el Pirineo vasco-navarro y desde la meseta norte hacia Extremadura y otras direcciones, conformando lo que las fuentes griegas denominan la *Keltiké*.

Hasta tal punto estuvo Bosch Gimpera convencido de esta realidad histórica que en el capítulo XLII de su obra *Las raíces prehistóricas de las culturas de Europa*, escrita en 1974, poco antes de su muerte, lleva como título «La celtización de la Península Ibérica», insistiendo en que las presiones germánicas y los movimientos célticos hacia el oeste fueron la causa de la indoeuropeización del occidente europeo, a través de diversas etapas iniciadas a finales de la Edad del Bronce y continuadas en la del Hierro. Estas expansiones célticas borrarán los antiguos pueblos y el nombre histórico de los indoeuropeos quedará especificado en las referencias textuales a celtas y germanos.

La idea de que la Península Ibérica quedó celtizada desde entonces es compartida por los investigadores de primera fila, y aunque la trayectoria y la complejidad del proceso sea diferente según los autores, la encontraremos reflejada en nombres tan relevantes en la bibliografía prehistórica como los profesores Martínez Santa-Olalla, Almagro Basch o Maluquer de Motes, con el aval de la autoridad lingüística del profesor A. Tovar.

Sobre el clima creado en la bibliografía de los años cincuenta da buena fe el artículo de Fletcher «En defensa del iberismo», publicado en Valencia en 1949, precoz detonante de una corriente que, desde los años setenta está marcada por la *celtofobia*. Esta corriente nace como lógica reacción a la hipervaloración del celtismo, a la estéril confusión con lo indoeuropeo, así como contra el uso y el abuso de las invasiones ligadas a la expansión de los Urnenfelders.

Paulatinamente los prehistoriadores fueron relegando el problema. Las oleadas de los invasores quedaron reducidas a la posibilidad de entrada de unos pocos contingentes, portadores del rito cinerario. La investigación de los filólogos siguió su rumbo y la prehistoria el suyo, obviando los textos. Las fuentes escritas parecían irreconciliables con los resultados de la arqueología, cuyos métodos se nos antojaban inoperantes ante la cuestión de las etnias, hasta el punto de que en los últimos años, más que difundir o identificar la raigambre celta por sus

valores intrínsecos, la identidad quedaba diluida en las diferencias constatadas al poner en parangón el mundo ibérico y «lo demás».

Aun sin quererlo, el péndulo de los avatares había llevado a proscribir del lenguaje prehistórico la referencia explícita a lo celta. La palabra se escribía entre comillas para expresar la reticencia, se sustituía por «influjos continentales», se matizaba de mil y una maneras o, en el mejor de los casos, se acudía al comodín de la palabra celtibérico, más suave o menos condicionante, pero sujeta también al conflicto de la delimitación espacial y cronológica.

En este clima de celtofobia, o de rechazo a lo céltico, se inició hace más de medio lustro la tesis doctoral de Luis Berrocal. Una parte de los resultados están condensados en este libro y el metódico estudio, apoyado por el emblemático yacimiento de Capote, demuestra sin ambages que existieron celtas en la Beturia. Unos celtas que, a mi juicio, poco o nada tienen que ver con los Campos de Urnas; ése es otro problema distinto al que nos plantea la puerta abierta para conjugar cuanto sabemos sobre los celtas.

El indoeuropeo como lengua es otra cuestión y otra la de los celtas. Celtas son los pueblos centroeuropeos cuyos jefes se encierran en las espléndidas tumbas de las postrimerías del Hallstatt, pero el nombre no tiene entidad hasta el siglo VI a. C. A partir de esta fecha podemos seguir su trayectoria fuera de nuestras fronteras, pero sigue sin desentrañarse la incógnita sobre la realidad de los *keltikoi*, sea solapada bajo el controvertido origen de los celtíberos o singularizada con diferentes nombres según los diversos escritores greco-romanos que escriben sobre Hispania.

Se ha inaugurado una nueva etapa reivindicativa de las etnias prerromanas de la Península Ibérica y es justo mencionar el denuedo de unos pocos investigadores para propiciar el entendimiento y contrastar los resultados. Los esfuerzos del profesor Almagro-Gorbea se vieron coronados en 1989 con la celebración, en la Universidad Complutense, del primer Congreso de Paleoeología de la Península Ibérica, y ya son tres las reuniones monográficas sobre celtíberos celebradas bajo los auspicios de la Universidad de Zaragoza.

Afortunadamente la savia de la nueva generación de arqueólogos está afrontando la problemática con una encomiable objetividad, arropada por la renovación de métodos y por las ventajas que brinda la mejor planificación del trabajo de campo y, también hay que decirlo, por el saber acumulado en el tortuoso camino de errores y aciertos que jalonan el devenir de la investigación.

La madurez de la senda ya hollada lleva a una discusión crítica cimentada en una teoría histórica de perspectivas más abiertas e integradoras, donde es perfectamente compatible conjugar la documentación protohistórica con los testimonios textuales y epigráficos, incluso, manejando con tino el registro arqueológico, es posible bucear en la psicología, tal como demuestran estas páginas al determinar e individualizar los signos de identidad de los *Céltici* del suroeste, confirmando el buen hacer de Plinio, quien con maestría ejemplar, en unas breves líneas de su libro III, diferenció la individualidad de los habitantes de las tierras extendidas al occidente, más allá del Betis, en el Anas; los túrdulos y un grupo étnico calificado de celtas.

M.^a ROSARIO LUCAS PELLICER
Catedrática de Prehistoria
Universidad Autónoma de Madrid